

# JUSTICIA, PAZ Y INGREGRIDAD DE LA CREACIÓN EN SAN FRANCISCO DE ASÍS

## El misterio del “Espíritu de Asís”

San Francisco de Asís es presentado, con razón, por su primer biógrafo como el “nuevo evangelista” porque vivió con la paciencia, la mansedumbre y la firmeza con que los grandes ríos cruzan la tierra camino al mar, fecundando a su paso el mundo entero con las aguas vivas del Evangelio. Fue así que surgió en él, y por su medio en toda la tierra, un inesperado fervor y un renacimiento de la santidad en un del todo novedoso afán por vivir en la armonía de la Caridad hacia todo cuanto existe.

Lo que asombró a sus contemporáneos no fue el amor de Francisco hacia todas las criaturas ni la medida en que vivió la pobreza por amor a Cristo pobre y crucificado, sino la impresionante renovación de la fraternidad de los hijos de Dios con que Dios dotó -a través de Francisco y de toda su familia- a aquella Iglesia feudal, decadente en tantos aspectos; tal fue dicha renovación que la compararon con un retorno a la primitiva Iglesia que ha sembrado de frutos estos ochocientos años de vida franciscana en la Iglesia y para la Iglesia.

Por ser Francisco de Asís un “nuevo evangelista”, portador de la buena noticia de Jesucristo, fue un hombre de paz. No sólo un mensajero o un predicador de paz, sino un artífice, un creador de paz. Esto es muy importante para todos los franciscanos, pues vivimos en un mundo donde las relaciones entre los hombres son cada vez más densas y complejas, más tensas y marcadas por el interés y la ambición.

En nuestra sociedad las tensiones y conflictos se convierten en el pan nuestro de cada día y la violencia casi forma parte de nuestro entorno, a veces incluso por causa nuestra. La misión que los franciscanos hemos recibido de la Iglesia nos compromete a ser anunciadores del Evangelio y, por tanto, artífices de paz en medio de las situaciones difíciles y conflictivas de nuestro tiempo. Francisco es para nosotros un guía seguro y luminoso.

¿Cómo encontró él la manera de entablar relaciones fraternales y reconciliadas con toda la realidad, con todos los seres, con todas las personas? ¿Cómo descubrió Francisco el camino de Cristo, el camino de la fraternidad, el camino de la Paz? Varias señales de Dios orientaron los pasos del Pobrecillo de Asís hasta la angosta vereda que lleva a la salvación ya en esta vida.

La “aparición” del pobre y del leproso en la vida de nuestro Santo fue una verdadera epifanía, una manifestación de la Presencia y la Voluntad de Dios. El pobre, el enfermo, el anciano, el débil..., siempre es mensajero de Dios porque nosotros –como Francisco en su día- estamos tan absortos en nuestros asuntos y preocupaciones como Mateo en su mesa de los impuestos. Cristo hizo alzar la mirada a Mateo con una dulce llamada llena de autoridad: “Sígueme”.

Francisco, y como él cada uno de nosotros hoy, malvivía totalmente absorto en las preocupaciones de su quehacer. Es la irrupción del pobre la que le hace levantar la cabeza y conocer al Señor.

Francisco necesitaba a ese sacramento vivo de Cristo que es el pobre para reconocer al Señor y convertir su vida, y nosotros necesitamos igualmente al hermano pobre y desvalido para que sea él ese embajador de Dios que rescate nuestra alma y nuestra conciencia de la prisa y la superficialidad de una vida en la que nuestro cumplimiento religioso nos basta y nos conforta tanto como para no tener que sentir la urgencia insobrepasable de la Caridad y la Justicia.

Lo primero no es la limosna, que se da tantas veces como acto de auto justificación o incluso de prepotencia burguesa, sino la actitud interna de respeto y honor a Dios en su hijo pobre –representación visible de Cristo crucificado-.

Lo primero es una actitud fraterna basada en la cortesía y en el amor. El gesto externo, el donativo, la ayuda que socorre sin duda es muy importante pero, aunque urgente y fundamental, el hecho de dar o socorrer debe ser consecuencia de la actitud interior de caridad fraterna.

Desde que reconoce a Cristo en el pobre y en la oración, un Francisco, penitente, convertido, reconstruirá las iglesias con sus propias manos como parábola de la renovación de la Iglesia universal que Dios obraría a través de sus pequeñas manos de hombre. Desde entonces, el que hoy es venerado por todos como el *hermano universal* comenzó a serlo por dedicar su vida a la misión apostólica de la paz y la reconciliación.

*“En toda predicación que hacía”,* escribe su primer biógrafo Tomás de Celano, *“antes de proponer la palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: “El Señor os dé la paz”. Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a los hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban”* (1 Cel 23b). Francisco mismo confirma este hecho en su Testamento: *“El Señor me reveló que dijésemos este saludo: ‘El Señor te dé la paz’ “* (Test 23), y en la Regla: *“En toda casa en que entren digan primero: ‘Paz a esta casa’ “* (2 R 2,13).

La paz en esta vida y la salvación eterna están íntimamente unidas. Refiriéndose a este mismo tema, san Buenaventura nos dice: *“Según la palabra profética y movido en su persona del espíritu de los profetas, anunciaba la paz, predicaba la salvación y con saludables exhortaciones reconciliaba en una paz verdadera a quienes, siendo contrarios a Cristo, habían vivido antes lejos de la salvación”* (LM 3,2b).

Cuando Francisco envía a sus primeros hermanos a predicar, les confía la misión de paz: *“Marchad, queridos, de dos en dos por las diversas partes de la tierra, anunciando a los hombres la paz y la penitencia para remisión de los pecados. Y permaneced pacientes en la tribulación, seguros, porque el Señor cumplirá su designio y su promesa. A los que os pregunten, responded con humildad; bendecid a los que os persigan; dad gracias a los que os injurien y calumnien, pues por esto se nos prepara un reino eterno”* (1 Cel 29a).

¿Dónde puede encontrarse un mensaje de paz más incisivo, un programa de paz más franciscano? ¿Por qué los franciscanos nos enredamos en grandes alardes y pretensiones irrealizables en lugar de comenzar por sembrar la paz desde cada relación y ocasión cotidiana? Que cada uno de nosotros se haga la pregunta y busque una respuesta válida ante los ojos de Cristo y de Francisco.

Como franciscanos y como cristianos nuestros orígenes son claros y nuestras raíces sólidas: somos mensajeros y artífices de paz porque hemos recibido la misión de primero vivir y anunciar después el Evangelio, con la palabra pero más aun con la forma en que nos entregamos al bien de los demás.

Este compromiso por la Paz, que es fundamental a la hora de llamarse franciscano y de llamarse cristiano, no puede ser un Lema ni una teoría, sino un propósito nuevo y refrescante con el que despabilar el corazón cada mañana.

Mientras que para vivir otros valores del Evangelio las circunstancias pueden ser más un obstáculo que una ocasión, por vivir en la sociedad en la que vivimos todo nos brinda la ocasión de ser y parecer lo que decimos que ya somos: hombres y mujeres nuevos, discípulos de Cristo por el reconciliados para ser semilla y fermento de una humanidad nueva en la que los hombres aprendan a reconocer y amar a Dios desde el amor a sus semejantes.

En esta humanidad nueva sembrada por Dios en Su Iglesia y que peregrina entre las convulsas marejadas de la modernidad, Francisco de Asís es tenido, además de cómo un hombre de paz, como el patrón de los ecologistas y aun más, como el santo más "ecologista" de la Historia.

Su persona y su modo de vivir la relación con la naturaleza –Francisco diría “la Creación”- cobraron actualidad, particularmente, después de que Juan Pablo II hiciera un llamamiento a vivir una "*conversión cristiana a la ecología*" como condición indispensable para ser fieles al Evangelio y como la única manera para todos, creyentes y no creyentes, de evitar una "*catástrofe de dimensiones planetarias*".

Esta relación entre el Santo de la Paz y el Santo de la Ecología no es una mera coincidencia sino que revela algo más profundo que puede mostrarnos a los franciscanos el camino para entender y vivir, un poco más, esos rasgos del Pobrecillo.

Recordemos que fue el papa polaco el que tomó a nuestro Santo y a su ciudad, Asís, como imagen de ese sueño de paz universal concretado en una vida, la de Francisco, presentada como icono y provocación para todos los cristianos, para todos los creyentes y para todos los hombres de buena voluntad: el Espíritu de Asís.

En ocasiones, sin embargo, el "pobrecillo" de Asís (1182-1226) es presentado de forma almidarada y reductiva como modelo para militantes de organizaciones ecológicas radicales, confundiendo la "Madre Tierra" con algo absoluto, como una divinidad que se defiende por encima incluso del ser humano –como en el caso del movimiento llamado “la Nueva Era”-.

San Francisco respetaba la creación porque es obra de Dios, pero la naturaleza no es Dios. Sin embargo, hoy día hay ideologías que llegan a divinizar el planeta, y esas ideologías, que tanto bueno hacen por la naturaleza, no son sino nuevas formas de paganismo porque no luchan por los derechos humanos como por los supuestos derechos de los animales y vegetales.

Por ejemplo, san Francisco no era vegetariano, sin quitar a este estilo de vida ningún valor y por mucho que el Santo y sus hermanos “*no vieran*” la carne en sus platos sino ocasionalmente, como el resto de los pobres entre los que vivían.

En las antiguas biografías se lee que san Francisco decía que, si el día de Navidad caía en viernes –día de abstinencia de carne según la secular tradición eclesial- había que ofrecer ración doble de carne a los frailes, y a los animales ración doble de heno, por amor a Nuestro Señor, nacido por nosotros.

El santo de Asís en toda obra de la Creación admiraba al Artífice. Atribuía al Creador las cualidades que descubría en cada una de sus criaturas, y de este espectáculo, que se convertía en su alegría, se remontaba hasta Dios creador, fuente de todo bien. Iba en busca de su Amado en todo lugar de la creación, sirviéndose de todo el universo como de una nueva escalera de Jacob para elevarse hasta Dios.

San Francisco llamaba a los animales, al fuego y al agua, hermanos y hermanas, pues todas las criaturas provienen de la misma fuente y, por tanto, en cierto sentido, todos somos miembros de la misma familia, la cual es, en todos sus miembros, puente y mediación de Dios para la salvación de todos y cada uno.

Desde esta perspectiva, que tanto nos recuerda a “*la teología del ejemplarismo*” de San Buenaventura, podemos intuir un *valor crístico* en cada ser existente que ayuda a entender con entusiasmo el “*amor ecológico*” de Francisco.

Quien ama a los animales y a las plantas, en el sentido adecuado, ama por encima de todo a los hombres para quienes ha creado el Señor todo el planeta, y en todos ellos está amando a Cristo pues Él es la razón primera y última, además del significado más profundo, de todo el Universo.

El hombre debe servirse de todo lo creado para mejorarlo, custodiarlo, transformarlo para la gloria del Creador, gloria que consiste en el bien y la vida digna de todos los hombres y mujeres de la humanidad: la vida del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

San Francisco no despreciaba a ninguna criatura, y muchos menos despreciaba al hombre, hecho a *imagen y semejanza de Dios*, y por amor al Creador y por amor a cada ser humano veneraba y cuidaba todo cuanto existe.

El Señor nos ha llamado a vivir según el Evangelio, no en solitario, sino en una comunidad de hermanos y dentro de la casa común que es la Creación, que podemos llamar hermana aunque no en el mismo sentido. Vemos así, con un poco más de claridad, cómo y por qué están intimísimamente ligadas la Paz, la Justicia, el amor a la Creación y la salvación eterna de todos y cada uno.

En la Creación, en la naturaleza, encontramos el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios. No sólo queremos vivir juntos, orientados hacia la misma meta y ayudándonos a alcanzarla, sino que además nos volvemos los unos hacia los otros para amarnos mutuamente, según el mandamiento del Señor, lo cual incluye hacer que el planeta goce de la mejor salud para poder compartir con todos los bienes que Dios nos ha entregado para el disfrute y la vida digna de todos como anticipo y parábola de la vida plena de la bienaventuranza eterna.

La ecología de San Francisco tiene mucho de acto de culto a Dios y de justicia hacia los pobres, que se ven privados de aquello que Dios nos entregó a todos, también a ellos, y que ellos no pueden disfrutar porque algunos nos comemos también su ración y malgastamos su heredad. La ecología más puntera encuentra siempre su cénit en la justicia social.

Debemos considerarnos todos como hermanos, reverenciarnos mutuamente, manifestarnos con simplicidad nuestras necesidades, prestarnos los más humildes servicios, evitar las discusiones, las murmuraciones, el enfado, los juicios negativos; en una palabra, debemos amarnos de obra y no de palabra solamente, y eso con la ternura de una madre para con sus hijos. Esta fuente de paz inagotable es también parte de la ecología franciscana, porque obsequia con ese trato exquisito y fraternal a todas las criaturas, racionales o no, animadas o inertes.

Francisco escribe en su Testamento que fue Dios mismo quien le dio hermanos y cómo compartió con ellos la misericordia que había recibido. La experiencia de Dios se concreta en la vida diaria en una actitud de comunión con los hermanos y con todo cuanto existe.

Los franciscanos, *ecologistas por definición*, anunciamos de palabra la paz y la justicia, pero la queremos llevar más profundamente en el corazón y manifestarla en nuestra vida y en nuestras obras.

Conscientes del compromiso franciscano por la paz y la justicia que la posibilita y extiende, los franciscanos hoy hemos de esforzarnos por desarrollar un plan positivo a favor de la paz, de la reconciliación y del rechazo de la violencia en todas sus formas.

Parte fundamental de nuestra ecología es la oposición a la carrera armamentista y al tráfico de armas, como también el apoyo activo y militante a los que apoyan el desarme nuclear y la defensa de los Derechos Humanos.

Conscientes de estos atroces peligros que amenazan al género humano, hemos de denunciar –con serenidad y humildad– toda clase de acción bélica como azote gravísimo para el mundo y sumamente dañino para los pobres, que son los que más sufren la destrucción del planeta y las guerras de los que no son pobres. Como lo fue el Santo de Asís ayer, los franciscanos hoy estamos llamados a ser una "vanguardia evangelizadora" en una Iglesia que debe encarnarse y renovarse constantemente.

Inspirándonos en el "*Cántico del Hermano Sol*" –llamado también el Cántico de las Criaturas, aunque Francisco no canta a ellas sino a Dios por ellas y desde ellas- extenderemos nuestro cuidado fraterno a la naturaleza, hoy amenazada por la conducta irresponsable y codiciosa de la sociedad industrial y de consumo.

Queremos humanizar la tierra que hemos recibido gratuitamente del Amor de Dios, enseñoreándonos de ella desde la justicia y la responsabilidad cristiana, con un dominio que la haga enteramente fraterna al servicio de todos. De esa manera, sintonizaremos con la inquietud ecológica y solidaria de nuestro tiempo, dándole además a nuestros hermanos, los hombres y mujeres de todo credo y nación, la razón de nuestra actitud: esta creación tiene un origen de Amor divino que le da su sentido, el nacimiento de una humanidad fraternal reunida en Cristo.

*“Siguiendo las huellas de san Francisco, muestren los hermanos hacia la naturaleza, amenazada en todas partes, un sentimiento de respeto, de modo que la tornen totalmente fraterna y útil a todos los hombres para gloria de Dios.”* (Capítulo general de Madrid 1973. *La vocación de la Orden hoy V*, 25).

Un lema del Espíritu de Asís es “Ciudadanía Franciscana, una ciudadanía para la paz” lo que nos sitúa en lo más cotidiano de nuestra vida. En unos momentos en los que aún colea la polémica sobre la asignatura de la “ciudadanía” en el sistema educativo, nosotros (sin entrar en dicho debate), queremos recordarnos el protagonismo que tenemos como ciudadanos en nuestra sociedad.

En esta sociedad nuestra, hoy, en la familia franciscana tratamos de vivir nuestro ideal desde la búsqueda de respuestas a las preguntas del hombre de nuestro tiempo. Siempre en camino, damos testimonio con sencillez de la alegría de vivir desde Dios el sueño de la fraternidad universal, con la paz como actitud vital y la búsqueda de la justicia como su fundamento, teniendo en “nuestra ecología” - *respeto y amor a la Creación por su Creador*- el rostro del compromiso en favor de los pobres por el uso sobrio y racional de lo que Dios creó para que todas las personas del planeta tuviéramos una vida digna y saludable.

No hay camino para la paz; la Paz es el camino porque Cristo lo es. Francisco lo supo reconocer y vivir para entregarnos ahora a nosotros el legado que las próximas generaciones han de recibir de nuestras manos. Él ha hecho su obra y Cristo, en Francisco de Asís, nos muestra la que nos corresponde a nosotros hacer realidad comprometiéndonos y trabajando con lo que es justo y bueno para todos, también para *la hermana madre Tierra, que es toda bendición y a todos nos sustenta y nutre*. Por toda ella, *loado seas mi Señor*.